

Huyendo van del plácido recinto
Donde el ave afanosa,
Que trabajó con maternal instinto
Ántes de que el amor la hiciera esposa,
En su acabado nido se recrea,
Donde la arrulla con su dulce canto
Aquel que ama la luz y la desea,
Aquel que de esperanzas vive tanto,
Que en la luna, con cándida porfía,
En el lucero, en las estrellas todas,
Ya sueña ver el sol del nuevo día
Viniendo alegre á celebrar sus bodas.

CANTO II.

ROMANZA-ARIA FINAL.

I.

Del guarda en la casita
No hay más de lo que el viejo necesita,
Con su hija idolatrada,
Viña muy rica, pero mal guardada.
Un cuarto reducido,
Con una cama estrecha casi lleno,
Donde el guarda dormir siempre ha podido,
Sordo á la envidia, á la ambicion ajeno:
Luégo el hogar humilde, que conviene
Del pobre á las comidas más frugales,
Aunque en él vivo el fuego se mantiene
Sin eternos cuidados de vestales:
Y, en fin, el dormitorio de Leonarda,
Donde ella con empeño
Santos recuerdos de su madre guarda,
Que ahora la impiden conciliar el sueño;
Pues de un consejo le habla cada prenda,
Que, por su mal, la niña dió al olvido,
De amor en la contienda
Prestando sólo á su pasión oído.
Los ojos de su alma, ya sin venda,
No ven quizá la inmensidad del daño,
Pues ama la muchacha con locura,
Y encuentra no sé qué placer extraño
Al pensar en su propia desventura.

II.

Siempre la misma duda la persigue
En medio del insomnio que la abruma:
¿Será verdad que amor con nada obligue
Pecho de blanda pluma?

¿Que con desden tan fiero así castigue
Un ave al ruiseñor que adora en ella,
Que en torno suyo eternamente gira,
Y sólo pide un beso si suspira,
Y en vano canta triste y se querella?

Y así Leonarda trae á la memoria
Dos historias de amor, pero aún no sabe
Por qué intranquila piensa en la del ave
Con tanto afán como en su misma historia.
Ni darse cuenta puede todavía,
Preocupada y confusa,
De que acusando al ave por impía,
De su propia flaqueza ya se acusa.

Y es la noche para ella eterna y triste,
Primera en que tembló su alma sencilla,
Que en vano á los recuerdos se resiste
En que la imagen de su madre brilla,
Y en vano de esperanza busca un rayo
Que ilumine su amor y su fortuna,
Como ilumina el bosque dulcemente
Con suave resplandor la blanca luna,
Del desdichado amiga y confidente.

III.

Presa de su inquietud indefinible,
Deja por fin el lecho,
Una tregua buscando, ya imposible,
A aquel afán de su agitado pecho.

Y va á asomarse luego á la ventana
En que, á la luz del sol, de vida llena,
Un día se mostró rosa galana
La que hoy es triste y pálida azucena.
Y el astro de la noche contemplando,
Los ojos por el llanto humedecidos,
Tal vez ignora en lo que está pensando.....
Mientras llega confuso á sus oídos
Ese vago rumor de mil rumores
En que parece que hablan, aún dormidos,
Auras, insectos, pájaros y flores.

IV.

En escuchar se empeña,
Entre un acento y otro discordante,
Como el latir de un corazón que sueña
Realizar las promesas de su amante;
Ó notas sueltas del cantor alado
A quien fiero desden hirió de muerte,
Y que, solo en su rama y desvelado,
En cantar sus desdichas se divierte.

Y en aquella ilusión de sus sentidos
Ve otra vez sus recuerdos confundidos;

Y un deseo vehemente acariciando,
Nacido de la duda que la acosa,
Poco á poco la frente va inclinando,
Tan pálida y hermosa
Como el lirio que crece en su ventana,
Y que, al calor febril de aquella frente,
Se agita y tiene sed del fresco ambiente
Precursor de la luz de la mañana.

V.

La del alba nacia;
La triste Diana, en tan solemne instante,
Tras el monte lejano fallecia,
Buscando, moribunda, todavía
Los besos de Endimion, su dulce amante.
Y cuando en sus rumores,
Auras, insectos, pájaros y flores,
Con música sentida y concertada
Saludan al fulgor de la alborada,
Alza la niña su abrasada frente,
Y, en el momento mismo,
Con paso torpe, como aquel que siente
Impulsos de un fatal sonambulismo,
La casita abandona, un grito lanza,
Y es un ¡ay! de ansiedad con que responde
A una nota de amor y de esperanza
Que ella sueña escuchar bien sabe dónde.
Y acude allí, temblando
Tal vez con la naciente calentura,
De vergüenza tal vez, y, separando

Uno y otro ramaje en la espesura,
Entre dos blancos álamos asoma,
Curiosa impertinente
Que ha manchado sus alas de paloma,
Y áun pregunta por qué no es inocente.

VI.

Ven sus ojos y áun duda; el ave impía,
Que desdeñosa se mostrara y fría
Al ruiseñor que en la pasada tarde
Hizo de artista y de galan alarde,
Ahora, en su tosco nido
A la fe conyugal brindando un trono,
Con pecho enardecido,
Al que firme de amor la ha requerido
Se entrega ya con plácido abandono.
Y es el fulgor de la riente aurora
Su antorcha de Himeneo;
Y apadrinan su union en tan buen hora
La alondra y el malvis; y son sus galas
Los perfumes y gotas de rocío
Que el suave ambiente les llevó en sus alas;
Y entonan himnos en la alegre fiesta
Los alados cantores de más brío
Que con su voz animan la floresta.
Leonarda, sorprendida, apenas puede
Dar crédito á sus ojos,
Y enójala quizás lo que sucede;
Que empieza á comprender, áun con enojos,
Que era el rigor aquel de la avecilla,

Cuando atenta á su nido sólo estaba,
Elocuente leccion, aunque sencilla,
Que ella en su ciego afan no adivinaba.
¿Dónde á su ardiente amor, ya satisfecho,
Labraron ella ó Pablo el propio nido?
Ni un sacrificio al porvenir han hecho;
Su pasion lo fué todo, hasta el derecho
De dejar su pobreza en el olvido.

VII.

Y despues pasa un dia y otro dia,
Y á Pablo ve Leonarda
Sintiendo siempre amor, mas no alegría,
Y si algo la pregunta el pobre guarda,
Con su tenaz idea se extravía,
Y habla de aves y nidos,
Y de puros afectos escondidos
Entre álamos y hiedra y zarzamora,
Y á un tiempo gime y canta, rie y llora.
Y otra vez, por la fiebre sostenida,
Curiosa, inoportuna,
Busca la muerte donde todo es vida;
Y acude á desgarrar la última tela
Del corazon herido;
Verdugo de sí misma, que aún anhela
Penetrar hasta el fondo de la escuela,
Cuya moral tan tarde ha comprendido;
Cebarse en su dolor con sed extraña,
Como el enfermo, ya desesperado,

Que goza golpeándose la entraña
Que á eterna postracion le ha condenado.

VIII.

Y allí está ya; con extraviados ojos
Busca el nido, le encuentra, pero ¿dónde
Con su esposo adorado al fin se esconde
La que la inspira admiracion y enojos?
Sólo ve el nido desde allí, no sabe
Por qué tan fria soledad la espanta...
Mas ya el acento suave
Se oye del ruisenor, que alegre canta.
¿Por qué canta tan dulce melodía?
¿Dónde su esposa está, que es su alegría?
¿Qué novedad encierra aquel acento,
Expresion de la angélica armonía,
Poema del más puro sentimiento?
Oye y no ve la niña, y se enfurece,
Y de penas más grandes codiciosa,
Acude al pié del nido, en que aparece
Ante su vista la feliz esposa.
Está el ave tendida,
Inmóvil, adormida,
Con el ala enarcada como el brazo
De una madre que cuida
De abrigar á su niño en su regazo.
Y asoman tres cabezas bajo el ala,
Y en el fondo del nido hay movimiento,
Y la vida, el calor, el sentimiento
Que allí del seno maternal se exhala.

IX.

¡Cómo tiembla Leonarda, contemplando
Aquel cuadro tan rico de ternura,
Juez silencioso que la está acusando,
Mientras su santo amor y su ventura
Artista y padre á un tiempo están cantando!

Un ¡ay! brota del alma
De la niña infeliz, y la avecilla,
A ver quién turba su apacible calma
Irgue asustada el cuello, se alza, chilla
Y llama al fiel esposo,
Que, suspendiendo el canto,
A ella acude solícito y celoso;
Que era de madre el grito y tuvo espanto.

Juntos los dos, con ademan sañudo,
Fiera expresion de paternales celos,
Presentan en sus pechos un escudo,
Pues temen que les roben sus hijuelos.

Y al ver la niña su mirada ardiente
Fija sobre su rostro demudado,
Huye cual si gritasen: «¡imprudente!
¿Por qué turbas la paz que ha conquistado
Un firme amor con su pureza santa,
Tú, que torpe has manchado
Nuestro bendito ásilo con tu planta?»

X.

¡Ay, se muere Leonarda!
Y ya sabe su amante por qué muere,

Y allí se encuentra junto al pobre guarda
En tan tristes momentos,
Al postrer resplandor de una existencia
Cuyos dolores son remordimientos
Con que al fin ha de ahogarle su conciencia.

Sufre ménos el viejo que lo ignora
Y se alivia llorando, pues no sabe
Que hay en aquella muerte algo más grave
Y que avergüenza al padre que lo llora.

Ya por la fiebre lenta consumida,
Despídese Leonarda de la vida;
Y en medio del delirio

Áun escucha en su triste despedida,
La voz del ruiñeñor, que es su martirio,
Aunque al dulce final de su romanza
Brinda á la pobre mártir un consuelo,
Pues parece decirla: «Mira al cielo,
Que allí todo es amor y bienandanza.»

Y ella ve celestiales resplandores,
Murmurando al morir: «Haz tú, Dios mio,
Que siempre en sus amores
Tenga el hombre, que es rey por su albedrío,
La virtud de los castos ruiñeñores!»